

ENSALADILLA

**Menudencias de varia, leve y entretenida
erudición, por don Francisco
Rodríguez Marín**

«...UNA CEBOLLA, UNA OLLA...»

Don Constantino Cabal, autor de obras muy amenas y bien escritas y periodista de los que mejor saben su oficio, contó en *El libro de cómo se hacen todas las cosas* lo que le vino a pelo de cierto viaje que hice de Granada a Baza algunos años ha, y transcribiendo sus renglones he de comenzar este artículo:

«Los viajeros, cinco..., seis... Uno parece un museo: va rodeado de bultos, que forman parte integrante de su personalidad. Hay un bulto que imita una señora. «Y suena una campanada larga, y después suena una campanada breve, y después suena otra campanada breve...» Es el momento de encomendarse a Dios. El tren camina perezoso y áspero, se complace en jadear, se quiebra en palpitaciones, parece que se manere de vejez.

Y los viajeros conversan, y se cuentan quiénes son, lo que son, adónde van...

—Y usted, ¿va lejos?

—A Baza.

—¿Tiene usted negocios allí?

—No, señor. Voy a ver si averiguo algunas cosas que me interesan.

—Vamos, ¡anda usted en pleitos!

—¡Ca! No, señor. Las cosas que yo busco se refieren a un literato de hace trescientos años.

Los viajeros se miran con asombro, y el de los bultos torna a preguntar:

—Y eso ¿le valdrá a usted muchas pesetas?

—¡Pchs!... ¡Lo que me vale, generalmente, son muchos disgustos!

—Y ¿cuántos días tendrá usted que pasar en Baza?

—Quince..., veinte..., acaso más.

Los viajeros se miran otra vez y acuerdan, tácitamente, que este señor que se dirige a Baza está loco de remate. Y ya no le dicen nada en el resto del camino; y ya no van seguros en el tren. Cuando al cabo aparece la estación en que este señor termina sus peregrinaciones andaluzas, respiran con plenitud y sonríen con agrado. Y descienden el señor y el de los bultos, y éste le dice al señor:

—¡Chist!... ¡Oiga usted!

—Diga usted.

—Tiene usted cara de persona inteligente..., y a mí me da mucha pena que las personas inteligentes como usted pierdan el tiempo en esas paparruchas.... Las cosas claras.... ¡Yo soy catalán!... Y lo práctico es lo práctico: ¿Está usted?... ¿Cómo es su gracia de usted?

—Francisco Rodríguez Marín.

—Pues bien, Francisco.... ¡Yo le protejo!... ¡Y a lo práctico, a lo práctico! Yo soy comisionista de una fábrica de tejidos de Barcelona: mil reales mensuales, los gastos pagos y el ocho por ciento de las ventas.... Y voy a recomendarle para que le hagan también comisionista ...

Y *Francisco* responde amargamente:

—¡No puede ser! ¡Lo lamento; pero no puede ser!...

En este mundo, amigo mío, unos nacemos para tamborileros y otros para frailes.... Usted es fraile, y yo tamborilero.... ¡Y tengo paciencia..., y toco...!

El catalán se pasma, se persigna y se queda pensando en el peligro de que anden estos hombres por la calle sin un loquero detrás...»

Cierto de toda certeza todo ello: así pasó, sin faltar punto ni coma, este episódico lance de mi viaje a Baza.

Pero sucedió algo más que yo no conté a don Constantino, porque entonces y para su asunto no venía al caso, y hoy, en cambio, vendrá pintiparado, como glosa de una de las bases del programa con que el flamante P. S. P. (Partido Social Popular) opone afirmaciones a las negaciones del socialismo. La base a que aludo es ésta: «Frente a la negación de la propiedad de la tierra, la afirmación de que debe aumentarse indefinidamente el número de los que tengan tierra propia».

Pues bien, entre los que viajábamos en el mismo coche del ferrocarril iba un simpático guadijeño, joven y al parecer riquito, apellidado Fernández, con quien yo había trabado conocimiento la noche anterior en el comedor del hotel de Granada. Un Fernández y un Rodríguez son siempre, o casi siempre, personas llanas en su trato. Además, era Fernández amigo de mis buenos amigos de Guadix: del inolvidable magistral Domínguez, razonable poeta, excelente novelista y excelentísimo orador sagrado, y de otros cultos ingenios de su academia literaria, tales como Pezán, Valverde y Morera.

Habíamos charlado largo y tendido de muchas cosas, entre ellas, de que era bochornoso! que en la rica ciudad de Guadix, patria de don Pedro Antonio de Alarcón, no tuviese el autor de *El Escándalo* ni una humilde estatua a los veinte años de su muerte, y a la mañana siguiente partimos en el mismo tren, el guadijeño para su tierra y yo para Baza.

Almorzamos en Moreda, y esperando en su andén la hora de proseguir nuestro viaje, sorprendiome, más que la muchedumbre de pasajeros que se apeaban de un largo tren mixto llegado entonces, la traza de aquellas gentes: eran familias enteras de proletarios, que, como caracoles, llevaban acuestas toda su casa, es decir, los miserables hatillos, andrajosos los hombres y las mujeres, desharra-

pados los muchachos, y todos flacos y del color de la pajuela.

—¿Qué gente es ésta? ¿Adónde se trasladan?—pregunté a mi acompañante.

—Son aldeanos—me respondió—que bajan de la provincia de Almería. Diariamente viene cargado de ellos este tren. Emigran. No pueden mantener sus vidas—muertes lentas—en la tierra donde nacieron, y se van a Argelia a morir menos lentamente. España es madre enferma y desmirriada que no logra mantener a sus hijos, y ¿qué han de hacer los infelices? Aldeas enteras se están despo-blando. Los tataranietos de los que fueron a América buscando no menos que perlas y oro, van ahora aun al infierno que sea, en busca de un pedazo de pan. ¡Tan a menos hemos venido!

—Pero la labranza....—quise objetar.

—¿Qué labranza? Estos pobres no tienen tierra, ni propia ni ajena, en que ocuparse.

—¿Ni ajena?—pregunté con asombro.

¡Ni ajena!—repitió mi amigo. Hay mucha tierra, sí; pero no se labra. Y en cuanto a pequeñas hazas propias, ni por ensueño. ¡Ya no hace chico milagro el que sale de su año lo comido por lo servido!

Llegaba nuestro tren; subimos, y mientras mi guadijeño pegaba la hebra con el comisionista catalán de los siete bultos, generoso protector mío cuatro horas después, yo recordaba, entristecido el ánimo, a aquellos pobres emigrantes almerienses. Y asociando ideas, vínoseme a la memoria una plática que, en los remotos días en que el ahora *leader* socialista don Pablo Iglesias no había ni soñado en dejar por otras tareas más substanciosas la entretenida manipulación de los caracteres de imprenta, tuve yo, siendo adolescente, con el tío Jeromo Sánchez, obligado maniijero de la cuadrilla de cavadores que solía labrar una viña de mi padre, en el término de Osuna.

Permítanme los lectores que mientras charlan el guadijeño y el catalán, me detenga en breve digresión para referirles lo más esencial de aquella plática. Tenía el tío Jeromo setenta años largos de talle; pero se conservaba tan ágil y suelto, que aún corría como un gamo y saltaba como un corzo: de un brinco montábase en una mula, por alta que fuese. Era hombre de claras luces naturales, sano de alma y de cuerpo, y conservaba la franca alegría de la edad juvenil. Sólo una vez le vi entristecerse: una vez que, fumando un cigarrillo con él, se me ocurrió preguntarle si no tenía, al cabo de sus años, alguna tierrecilla propia. Anublósele el semblante, asomaron a sus ojos dos lágrimas y me dijo:

—Crea usted lo que le voy a contar. Cuando yo doy mi peonada en un terreno que por su altura domina mucha parte de nuestro término, a la hora de echar tabaco me pongo a atalayar todo lo que mi vista alcanza y voy nombrando uno por uno los veinte o treinta cortijos que desde allí se divisan. Y entonces me pongo a pensar: «En todas esas partes he pasado fríos y calores; en todas ellas ha caído sobre la tierra mi sudor desde que a los siete años empecé a ganar el pan como zagal de porquerizo, hasta hoy, que paso de los tres duros y medio. No me acusa la conciencia de haber malgastado nunca un real. Pues bien, esta es la hora en que no tengo ni un terrón mío, habiéndome pasado toda la vida entre terrones. Será que no lo merezco. No hay más amparo que conformarse con la voluntad de Dios».

Y dicho esto, las lágrimas que habían asomado a los ojos del tío Jeromo corrieron por sus atezadas mejillas, y por las mías resbalaron otras, de la mucha pena que me dió el ver a un hombre tan bueno, tan anciano, tan pobre y tan resignado con su poca suerte.

Llegados a la estación de Guadix, mi acompañante quiso ser mi *cicerone* en Baza y, por tanto, no se avino a

dar por terminado su viaje. Casi al comienzo de él yo le había preguntado:

—¿De quién es esta gran deshesa que desde hace un cuarto de hora vamos cruzando?

--Del Duque de Abrantes—me respondió.

Y como pasada media hora, y una, yo seguía viendo terrenos adhesados a un lado y otro del ferrocarril, volví a preguntar:

—¿Todavía son del Duque de Abrantes estos terrenos?

—Todavía—me contestó Fernández sonriendo—. ¡Y lo que queda!

Y yo meditaba en aquel *jus abutendi* de los romanos, dos palabras latinas que se dan de cachetes, y en el justo límite de este derecho según los códigos y según la mera razón natural, anterior y superior a toda ley escrita.

Entre tanto, cada cinco, cada ocho minutos, y a veces con intervalos más cortos, la mayor resonancia del rodar del tren delataba su paso por puentes, puentezuelas y alcantarillas, bajo cuyos arcos pasaba el agua tranquilamente y sin gran prisa, riendo y como burlándose de quienes no saben o no quieren aprovecharla para decuplicar los productos de la tierra. Bien que, pasando esa agua por terrenos eriales y de monte bajo, inmensos criaderos de langosta, para que al remate de cuentas se lleve el diablo lo adhesado y lo por adhesar maldita la falta que hace el riego.

Al llegar a la estación de Gor, se volvieron las tornas: fui yo *cicerone* del buen amigo Fernández.

—El duque de este título—le dije—es dueño de una riquísima biblioteca: de la notable librería que perteneció al Conde de Torre Palma. La biblioteca está en Granada y el Duque vive en Madrid.

—Entonces....—añadió mi camarada, adivinando el resto de lo que yo quería decirle.

—¡Eso!—confirmé.—Que ni la cultura andaluza ni la de su dueño deben enteramente nada a tal biblioteca, tan inútil como los terrenos de Abrantes y como el agua que por ellos cruza. ¡Nuestro *tenderse a la bartola*, amigo mío, puede dar quince y raya al antiguo y proverbial *dolce far niente* de los italianos!

Y como en esta plática llegáramos a la estación de *El Baúl*, dije riendo al guadijeño:

—También es muy curioso lo que sucede con ese nombre. ¿De qué *baúl*, ni de qué maleta pudo llamarse así a este apeadero? *Albaúr* es y fué siempre el nombre arábigo de este sitio, en que hubo una venta llamada *la venta de Albaúr*. Bien lo dicen las antiguas guías de los caminos de España.

Poco después divisábamos, a la izquierda de la vía, la montaña de Jabalcón, de Zújar. Al pie de ella bañaba el sol unos pedacitos de terreno de diversos colores, según las sementeras que llevaban. Contemplados desde el tren, parecían otros tantos pañolillos de hierbas. Era aquello lo que no está en lo escrito; lo que conviene escribir para legar su noticia a los venideros; lo que más bien que todo cuanto se discorra e imagine demuestra cuán vehemente es el anhelo con que el infeliz proletario español ansía poseer un pedazo de tierra para consagrarse a él enteramente, y regarlo con su sudor y, a ser posible, con el agua cercana, a fin de obtener de todo ello su pan y el de sus hijos. Explicómelo mi acompañante:

—Aquellos pañolicos son unas sementerillas de tres al cuarto, propias de algunos vecinos de Zújar rematadamente pobres. Lo que hay debajo, a poco más de una cuarta de profundidad, es piedra viva. Sobre esa piedra echan una tonga de tierra que acarrear a lomo de burro, y en esa tierra siembran algunas cosillas.

—Y ¿cogen?—pregunté reparando en que, a lo que de lejos parecía, aquella superficie no era llana.

—Cogen.... cuando cogen: una vez cada tres o cuatro años. Como aquello hace ladera, si arrecia el temporal y son muy torrenciales las lluvias, arrastran lo sembrado y la tierra, y aun al que la llevó y sembró, si acaso anda por allí.

Llegamos a Baza, y el comisionista catalán, Fernández y yo fuimos llevados a la fonda en un coche fementido. Ya en ella, escogí aposento y, arrellanado en un butacón, mientras me llevaban agua y toallas, daba yo cien vueltas en la memoria a todos los pormenores de mi viaje, tan corto, pero tan largo en enseñanzas. Y lo resumía de esta manera:

«Pueblos enteros que emigran porque aquí *no hay tierra*; dehesas inconmensurables que no dan trabajo a los proletarios ni trigo a la nación; agua abundante que cruza por acá y por allá, como de paseo, riéndose de la necedad de cuantos la tienen en poco; libros tan infructuosos como el agua y las dehesas; y al par de todo esto, una raza todavía pujante, que en su afán de subsistir y prevalecer contra todo y contra todos, malogra su energía probando a poder más que la naturaleza y porfiando para sacar semillas y granos de la piedra viva, a despecho de los temporales barredores....»

Tardaban en llevarme los adminículos deseados, y poquito a poco me iba adormeciendo suavemente. Ni bien dormido ni bien despierto, parecíame columbrar a alguna distancia una bandera grande, de los mismos mismísimos colores que los rocosos pañizuelos de sembradío de los proletarios de Zújar. En esta bandera, que ondeaba furiosamente descollando sobre una inmensa muchedumbre samejante a un mar borrascoso, había unas letras muy grandes y muy rojas. ¿Qué decían aquellas letras...? Como el huracán tenía la tela en continuo movimiento, era casi imposible leer aquel mote, aquella inscripción, que sin duda ejercía atracción mágica sobre las voluntades. En

uno de los vaivenes de la azotada tela acerté a leer algo; pero tan poco, que no pasó de las cuatro o cinco letras con que terminaba la inscripción. Estas letras, o decían *undios*, o decían *endios*. ¿*LatifUNDIOS* acaso...? ¿*INCEN-DIOS* quizá...? ¿*InfUNDIOS* por ventura...? ¿O era tal vez que los que llevaban la enseña ponían *EN DIOS*, o sea en las manos de Dios el castigo de los causantes de que la sociedad de los hombres, nacidos para ser hermanos, se vaya haciendo más aborrecible que la de los lobos....?

Pero ¿qué tiene que ver todo esto —dirán los lectores— con esa *olla* y esa *cebolla* que el autor del presente artículo le ha puesto estrambóticamente por epígrafe?

¡A eso vamos!—le respondo, saliendo al paso a su pregunta.—El tal epígrafe está tomado de un cuentecillo que don Pedro Calderón de la Barca puso en boca de uno de los interlocutores de su comedia *Peor está que estaba*. El cuento dice así:

«Llevando un día un villano
una sogá y una estaca,
una cabra, una cebolla,
una polla y una olla,
halló una grande bellaca.
Llamóle y díjole:—«Gil,
ven acá, parlemos hoy
en este campo.»—«Si voy
cargado de alhajas mil
(dijo él), ¿cómo podré
sin que se me rompan todas?»
Dijo ella: «Mal te acomodas:
Que eres necio bien se ve.
¿Qué llevas?»—«Tú lo verás:
una cebolla, una olla,
cabra, sogá, estaca y polla.»

— «¿Eso es mucho? Pues ¿hay más (dijo) de hincar en el suelo la estaca, y cuando lo esté, atar la cabra de un pie con la sogá, y en un vuelo, para asegurarlo más, meter la polla en la olla, taparla con la cebolla la boca, y así estarás seguro de que se abra, y tendrás, si no te ahoga, segura estaca y sogá, polla, olla, cebolla y cabra?»

Contado su cuento, el festivo lacayo de la comedia de Calderón saca de él una moraleja, como suya; pero yo quiero sacar otra muy diferente, conviene a saber: que cuando se quiere evitar un mal nacional tan grave, y quizás tan cercano, como el triunfo de los que niegan la propiedad de la tierra, que antaño eran pocos, y ogaño son muchos, y mañana serán legión, no debe haber obstáculo que no se allane en seguida por los gobiernos y por los grandes terratenientes. ¿Han de tener en cosa de tan capital importancia menos resolución, ingenio e iniciativa que la bellaca del cuento calderoniano? Bien sabe inventar maravillas la voluntad humana cuando pone todo su empeño en salir adelante con un propósito. Las sociedades católico-agrarias están haciendo prodigios en la Marca de Ancona y en otras regiones de Italia. Imitémoslas. Aún es tiempo de precaverse de lo que todos tememos y, por lo visto, casi nadie está dispuesto a remediar. Fúndense muchas sociedades agrícolas para adquirir y distribuir tierras y proteger a los labradores; cédanlas sus dueños divididas en suertes y mediante la obligación de pagar su precio en plazos, o un equitativo canon anual; contribuyan los gobiernos con leyes y recursos materiales

a una amplia regulación del uso de la propiedad rústica, en bien de la paz social y en aumento de la riqueza común; hágase, en fin, llano aun lo imposible, porque, a no acudir sin dilación a ello, mucho más pronto de lo que imaginan la indolencia y la incomprensión de los que nunca se creen amagados hasta que reciben de lleno el golpe, llegará día en que, como suele decirse, sea más lo roto que lo descosido.

Y entonces, entre nuestras ruinas, tarde como siempre, andarán lamentándose cariacontecidos y descalabrados, o *aínda mais*, sin tener pan que llevarse a la boca, los cuatro españoles más funestos que la raza pudo engendrar: los tradicionales adinerados *Penséque*, *Creíque*, *Entendíque* e *Imaginéque*, perpetuamente incapaces del sexto y más útil de los sentidos: del de hacerse cargo.

Madrid, 2 de mayo de 1923.

